

ENTRE HISTORIA, CREENCIA Y SUPERSTICIÓN EN ESTAMBUL

Antonio Aparecido Silva Trombin¹

Personalizar la experiencia personal de estar en Estambul es un hecho que será más sencillo dejar a la casualidad que intentar descubrir lo que se puede decir de una manera distinta o encontrar algo “novedoso” más allá de lo que ya se escribió y de lo que se está disponible a ver por sus calles y lugares históricos.

Caminar por las calles de Estambul entre sus gentes cruzando la puente del Gálata mientras se observa los pescadores postados con sus varas y anzuelos, uno al lado del otro, sacando del agua peces de distintos tamaños que más allá del labor por la búsqueda del alimento en una escena que es parte de la rutina de la ciudad y del día-a-día de sus habitantes revelan al forastero las posibilidades de supervivencia que la ciudad ofrece a su gente en un horizonte donde despunta los minaretes y cúpulas de las mezquitas. Sentir la atmosfera de los mercados mientras se saborea un te ofrecido por el vendedor mientras se escoge e compra algunos artículos que servirá de ancla para mantener en la memoria los recuerdos de estar en este lugar. Sentar en un café o en un parque escuchando en murmurio de la gente que camina apresurada mezclada con turistas sacando “selfies” con sus teléfonos móviles intentando buscar cuál de los transeúntes te parece representar a Zeliha, la personaje de Elif Shafak que protagoniza su romance “El bastardo de Estambul” en una ciudad donde el moderno contrasta con lo tradicional puede ser un perfecto pasatiempo para descansar entre las caminadas.

Recrear en la visión y en la memoria lo que fue esta ciudad en sus áureos tiempos de capital de un imperio y que aunque este

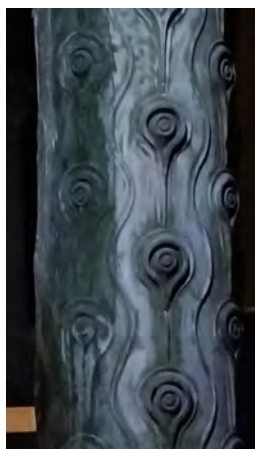
título de capital ya se le fue trasladado a otra localidad, Ankara; Estambul aún mantiene su majestad de ciudad que une continentes, culturas, religiones, rutas de comercio por el estrecho del Bósforo y conexiones aéreas que entrelazan 112 destinos alrededor del mundo.

Los 916 años en el que Haya Sofia sirvió como sede para la fe Bizantina, y los 482 años que sirvió para la fe musulmana, está bien visible a la entrada de este impresionante icono de la creación humana para advertir a cada persona que allí se dirige de la importancia y el significado religioso-espiritual que este lugar represento en su momento. Más terrenal pero aun conectado con el poder hay también el hecho de que ese lugar fue el epicentro de la política internacional del imperio Bizantino cuando la ciudad se llamaba Constantinopla pasando después a ser el centro de poder del imperio Otomano. Junto con las pirámides de Egipto, Haya Sofia fue por siglos una de las más altas estructuras del mundo erigidas por el ser humano y su diseño sirvió para modelar muchas otras mezquitas por el mundo.

El palacio Topkapi con su vista del canal de Bósforo e con sus reliquias religiosas llaman la atención de creyentes y no creyentes. De la vara de Moisés, la espada del rey David, el brazo de San Pablo hasta el manto y espada del profeta Mahoma son objetos que materializan historia y creencias de las tres principales religiones mono-teístas donde la decisión de creer y aceptar la autenticidad de tales piezas es decisión personal de cada quién. Más profano que religioso en ese palacio están exhibidas para el público algunas joyas que representan la riqueza y el gusto estético de los sultanes que habitaron este inmueble. El tercer

1 <https://br.linkedin.com/in/antonio-aparecido-silva-trombin-a6290b55>

diamante más grande del mundo en formato de gota es digno de admirar por su tamaño, brillo y color. La pieza maestra en la colección de armas y joyas es sin lugar a dudas la daga de Topkapi con sus tres esmeraldas colombinas provenientes de las minas de Muzo y Somondoco, grandes como huevo de paloma, sirvieron de inspiración para la película llamada *Topikai* dirigida por Jules Dassin en 1964 que en una mezcla de suspense y comedia se logra robar este precioso objeto pero los ladrones son “delatados” por un pájaro que entro por la ventana que utilizaron.



Un sentimiento sobrecogedor se siente al adentrar la Cisterna de la Basílica que por sus dimensiones y con sus 336 columnas de inmediato nos frena el pensamiento hasta que uno logra recomponerse del impacto que la visión de fileras de columnas que se pierde en la oscuridad provoca e inevitablemente preguntar: dónde estoy? Tal como Haya Sofia en que sus 104 columnas fueron retiradas de templos paganos de lugares tan distantes como Egipto, también para la construcción de Cisterna de la Basílica conto con el suministro de columnas de piedra de 9 metros de altura sacadas de antiguos templos que perdieron su función para el cristianismo que los consideraba lugares paganos con el que se justificaba el reciclaje de sus materiales reduciendo el costo de futuras construcciones. Caminando por esta floresta de columnas hay dos lugares que estimulan nuestra imaginación y conocimiento his-

tórico. Uno de esos lugares es la columna que llora que, aparte del diseño con que fue esculpida que no se encontrara en ninguna otra columna de templos antiguos, según el aviso en un texto que está al lado, dice que este nombre se deriva del hecho de que esta columna esta siempre mojada como se estuviese transpirando. Aparte de los diseños tallados en esa columna hay un orificio que si has visitado Haya Sofia puede te hacer preguntar si sirvió al mismo propósito en el desconocido templo de donde fue sacada.

El otro lugar en donde están dos cabezas de medusa esculpidas en grandes piedra que sirven de soporte para dos columnas. Una cabeza se encuentra en posición horizontal y en la otra la escultura esta cabeza abajo. Es todo un pasatiempo intelectual poner cuidado en los comentarios de la gente sobre el porqué las cabezas fueron postas de esta manera en lugar de ser colocadas correctamente. Desde “la prisa en terminar la construcción” pasando por “el tamaño y peso de los bloques” hasta “la oscuridad



que impidió ver la posición en que estaban las cabezas” son las mayorías de las justificativas que la gente argumenta unas con las otras. A muchas personas se le pasa el hecho de que para los constructores lo único que querían eran bases para dar a las columnas la altura necesaria de 9 metros para nada les importando la estética de como estas esculturas ahora paganas deberían ser asentadas más allá de



cumplir con la función de base de soporte. La cantidad de monedas tiradas por los visitantes dispersas alrededor de las cabezas de las medusas revelan creencias y esperanzas de los que practicaron tal acto “invirtiendo” una fracción de su dinero esperando obtener la realización de algún deseo secreto.

En esa evolución histórica y reciclaje de religiones y templos permanecen marcas que perpetúan e incentivan costumbres y prácticas que por distintas razones las personas sienten impelidas a ejecutarlas para corroborar el hecho de estar allí buscando dar una legitimidad de fe a una acción que en el fondo se sabe que nada más es que superstición. Estando en Haya Sofia veras una columna en que una fila de personas aguardan su vez para introducir el dedo pulgar y hacer con que la mano de un giro de 360 grados en un orificio llamado hueco del deseo. Curiosamente, la columna que llora en la Cisterna de la Basílica posee un orificio similar. Al contrario de Haya Sofia en la columna que llora no hay ningún aviso indicando que este también es un hueco del deseo y aun así se ve turistas practicando el mismo ritual de insertar el pulgar y hacer el giro circular con la mano.

Creencia y superstición como expresión del sentimiento humano, y esto sería un interesante tema de investigación histó-

rica, los orificios en la columna que llora y el hueco del deseo en una de las columnas de la Basílica Haya Sofia sugiere la hipótesis de que probablemente en los antiguos templos existían columnas u otros lugares con los huecos del deseo. Estos dos ejemplos que llegaron a nuestros días pueden ser sobrevivientes de una práctica cotidiana que permitían a las personas establecer un contacto directo y personal con sus deida-



des que de cierta manera permanece en el subconsciente colectivo a pesar de los siglos de transformaciones sociales, políticas y religiosas.

Esta es la Estambul con la que me encontré. Una metrópoli vibrante en el que lo antiguo comparte espacio con lo moderno. Y que en algún de sus lugares mantiene recóndito un secreto guardado esperando que la imaginación de los que la visitan sea la clave para conectarles con su historia.

